

Quinta charla:

LA FE EN CRISTO Y LA FE EN DIOS UNO Y TRINO

En la última catequesis mostramos como la estructura del símbolo de los apóstoles es la expresión de una fe que tiene como objeto a Dios Uno y Trino. Rezar el Símbolo es, antes que nada, confesar al Dios Uno y Trino, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Hoy explicaremos cómo accedemos a esta fe, y a la realidad que ella tiene por objeto, a través de Cristo. Más en concreto quiero explicar cómo a través de la humanidad de Jesús llegamos al misterio que esconde, que es el misterio de su filiación divina, y así llegamos también a tocar el misterio de Dios, el misterio de la Trinidad.

La fe en Jesús, como Cristo, como Señor, como Hijo de Dios, como Salvador del hombre, no es diversa de la fe en Dios como Uno y Trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Es la misma y única fe, la que se dirige a través de Cristo con la guía del Espíritu Santo a Dios Padre. El misterio de Cristo forma parte del misterio de Dios. Por lo tanto, el objeto de la fe es siempre uno, no varios, y la fe es siempre una, un solo acto, aunque extenso, que implica a todo el hombre y a toda su vida; un acto unitario por el que el hombre acoge el don que Dios hace de si y, a la vez, responde entregándose a él.

Nos centramos en dos cosas: cómo la humanidad de Cristo nos da acceso al misterio de la segunda persona de la Santísima Trinidad y cómo a su vez, en ella nos introducimos en las relaciones trinitarias, poniendo la atención por tanto en todo lo que tiene que ver con el conocimiento de la humanidad de Cristo, como punto clave de nuestro acceso a Dios. Y en segundo lugar reflexionaremos sobre el papel que tiene el Espíritu de Cristo, como maestro interior, para que podamos penetrar a partir de la humanidad de Cristo en el misterio de su persona y en el misterio de Dios.

I. DE LA HUMANIDAD DE CRISTO AL MISTERIO DE DIOS

Al hablar de cómo se formó el credo hicimos alusión a cómo en una fórmula trinitaria, dependiente de la fórmula bautismal, se insertó un fórmula de fe cristológica.

Estas fórmulas de fe cristológicas —dijimos ya— recogen la certeza de la fe sobre Jesús; tanto sobre su ser, es decir, sobre su identidad personal; como sobre la obra de Jesús y lo que esa obra significa. Sobre la persona de Jesús el contenido de la fe era del tipo: «Jesús

es el Señor”, o «Jesús es el Cristo», o «Jesús es el Hijo de Dios», o una combinación de estas afirmaciones. Y sobre la obra de Jesús, el contenido era del tipo: «se encarnó..., murió en una cruz y Dios lo resucitó al tercer día», con más o menos detalles, o «nos ha otorgado el perdón de los pecados», o «nos reconcilió con Dios», o «nos ha hecho capaces de llegar a ser hijos de Dios». Éstas y otras fórmulas similares expresan los contenidos fundamentales sobre la fe apostólica en Jesús.

Dijimos que estas afirmaciones sobre Cristo se cruzan en el Credo con las fórmulas propiamente trinitarias. En este cruce de esquemas, uno cristológico y otro trinitario, está el origen de la forma concreta de nuestro credo actual.

Sin embargo, al decir eso, puede parecer que ambas expresiones de fe, la trinitaria y la cristológica, se unieron sin más, se sumaron, se pusieron una junto a otra, se añadió un dato a otro, el cristológico al trinitario. Si eso hubiese sido así, podría significar que nuestro credo y también nuestra fe no tiene como objeto sencillamente la Trinidad —como hemos afirmado—, sino la Trinidad por un lado y también por otro, como sumándose a ella, la persona de Jesús.

Es necesario aclarar bien esto, porque NO hay dos objetos de fe, Jesús y la Trinidad, sino uno sólo. No hay dos expresiones de fe, la fórmula trinitaria y la cristológica que se juxtaponen, que se ponen una junto a la otra o que se coordinan cruzándose la una con la otra. Más bien lo que realmente ocurre es que el objeto de nuestra fe, el Dios vivo y verdadero, es decir el Dios Uno y Trino, sólo nos llega a través de la humanidad que el Hijo de Dios ha asumido, es decir, a través de Jesús. Y sólo dando fe a Jesús podemos percibir el misterio del Dios Trino y dar fe a este misterio de amor. Sólo a través de la expresión humana, total y verdaderamente humana, del amor de Cristo muerto y resucitado podemos entrever el misterio de amor que constituye el núcleo fundamental que da razón de la Trinidad y de la Unidad de Dios.

Es cierto que las fórmulas de fe cristológicas y trinitarias se cruzaron en la formación del «Símbolo bautismal», pero no por simple adición de contenidos de fe, no por simple suma, sino porque ambas, juntas, expresaban la unidad del objeto de la fe (el Dios Uno y Trino) y del acceso del hombre a este misterio (el hombre Jesús). Más aún, el acceso del hombre a Dios sólo se realiza a través de Jesús, tal como afirma el evangelio de san Mateo: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre; y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11,27); o el de san Juan: «Nadie va al Padre, si no es a través de mí» (Jn 14,16); o el de san Juan también en el prólogo: «A Dios nadie lo ha visto jamás, el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha contado» (Jn 1,18). O como dice también san Pedro llevando esta verdad al campo de la soteriología, es decir, al campo de la salvación, cuando después de predicar a Jesucristo crucificado por sus oyentes y resucitado por Dios dice de él: “Porque no hay bajo el cielo otro nombre por el que nosotros podamos salvarnos” (Hch 4,12).

A través de la fe en Cristo somos llevados a la fe en la Trinidad. Por medio del dogma cristológico llegamos al dogma de la Trinidad. ¿Por qué? Porque el misterio de Cristo es el misterio de su relación única con el Padre y con el Espíritu. Las afirmaciones de las fórmulas cristológicas que aparecen diseminadas en el NT, tomadas una por una y en su conjunto, nos llevan a preguntarnos sobre el ser de Dios y nos dan información sobre ese ser, mostrándonos ya que se trata de un Dios Uno y Trino. El hecho de que el Hijo de Dios haya asumido en la encarnación una verdadera humanidad y lo haya hecho de forma irreversible, significa que el hombre Jesús ha venido a ser, en el tiempo, parte de este misterio sin tiempo de la Trinidad. Y por eso, sólo por eso, porque forma parte de él, puede ser revelador y mediador de este misterio. La humanidad de Cristo es camino de acceso a Dios porque ha venido a participar del ser de Dios.

Ahora, ¿cómo muestra Cristo la Trinidad? –No como un maestro que enseña con lecciones en una escuela. No aparece en el Evangelio como un maestro que en la primera lección empieza a enseñar la unidad de Dios; y luego, en la lección siguiente habla de su Trinidad; y luego, de forma sucesiva, enseña quién es el Padre y quién es el Hijo, etc. No, sino que muestra a Dios en su propia vida, en sus palabras dichas a propósito de cualquier cosa, en los acontecimientos que parecen los más importantes de su vida, pero también en los que parecen más insignificantes y cotidianos. Porque él no trae una doctrina sobre Dios, sino que él hace presente en su propia persona el misterio del Dios vivo. Él hace presente el misterio de Dios en su persona, que es, en el trascurso de su historia terrena, salvación de Dios para el hombre.

Por lo tanto, no vamos a intentar ahora un recorrido sobre las palabras o las obras de Cristo que revelan a Dios, porque todo en él lo revela, hasta aquello sobre lo que el Evangelio no habla, hasta aquello sobre lo que los evangelistas nada dicen, incluso eso es revelación del Dios verdadero, del Dios que existe, del Dios vivo Uno y Trino. Sólo quiero recordar algunos puntos de esta vida de Cristo, pero sólo como muestra, no como un repaso ni mucho menos riguroso.

Pero antes de acercarnos a estos puntos de muestra, tengo que hacer una advertencia: que todo lo que Jesús dice y hace, su persona misma, como revelación de Dios, hay que interpretarlo en relación con el AT. Fuera de esta relación, la de Jesús con el AT, sus obras y sus palabras se interpretarán conforme al capricho de cada cual, dándole el sentido que cada uno quiera imaginar. Pero el verdadero sentido de Jesús como revelación de Dios, sólo se puede descubrir en relación con toda la historia anterior en la que Dios ha ido revelándose. Habrá que ver cómo es esta relación, que implica continuidad, novedad, ruptura, culminación... Pero no se puede perder de vista este asunto.

Siempre estamos tentados de acercarnos al Evangelio y buscar allí partiendo de nuestros presupuestos, de los sentimientos que en un momento mueven nuestro corazón, de los problemas que nos acucian, respuestas fáciles, leyendo e interpretando lo que leemos no

conforme a la verdad que allí se muestra, sino conforme a una fácil acomodación a nuestro presente. Este es siempre un peligro grande.

Es cierto que Cristo habla hoy, que su palabra está viva y resuena en el presente para iluminar nuestra vida, nuestra vida concreta, con sus afanes, con sus peligros, con sus angustias, sus miedos o sus gozos..., pero la luz verdadera de esa palabra sólo viene de una atención escrupulosa a la verdad histórica de lo que Cristo dice o hace. Sacar sentidos supuestamente espirituales de las palabras o los hechos del Evangelio, sin atender primero a lo que Cristo realmente quiso decir y dijo, al significado verdadero y único de sus obras o de las cosas que padeció, es lo propio de aquellos, que en realidad no quieren escuchar lo que Dios ha dicho, sino que prefieren engañarse diciéndose a sí mismos que lo que ellos se imaginan es lo que Dios les dice. Pero esto nos lleva a un tema que no podemos tratar ahora: el de los presupuestos de la lectura espiritual de la Palabra de Dios. Aunque alguna cosa diremos después.

Pasemos a mencionar solo unos pocos momentos en los que Jesús se muestra a sí mismo como revelador, mediador, de Dios Uno y Trino:

- Por un lado, tomando palabras del AT, manda adorar y amar al único Dios: **«Al Señor, tu Dios, adorarás. Sólo a él darás culto»** (Mt 4,10; Lc 4,8). **«Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma y con toda tu mente»**. Este es el **principal y primer mandamiento**» (Mt 22,37-38), mandamientos que dependen de la doctrina del AT de que Dios es uno sólo y de que no se confunde con ninguna otra realidad (Dios es trascendente).
- Por otro lado, se identifica con Dios, con el Dios Uno, Absoluto y verdadero, con el Dios de Abraham; y por eso los judíos le dicen: **«No queremos lapidarte por ninguna obra buena, sino por blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios»** (Jn 10,33), lo cual parece contradecir la doctrina de la Unidad de Dios y de su trascendencia.
- También habla de Dios como de su Padre y, sobre todo, se relaciona con él como Padre. Así cuando reza se dirige a él con la palabra «abba», «padre», mostrando una confianza y una cercanía con el Dios verdadero que era impensable en para la mentalidad judía de su tiempo que, sobre todo, subrayaba la trascendencia de Dios, su majestad inalcanzable.
- Por otro lado, promete un «paráclito» enviado por el Padre y por él mismo, que les recordaría sus palabras, les conduciría a la comprensión de la verdad completa, recibirá de los bienes del propio Cristo y se lo comunicará a los suyos (Jn 12,16-17. 26; 16,7-14).

Son sólo algunas muestras de cómo Cristo muestra la Unidad y la Trinidad de Dios. En su mandar, en su obrar, en su perdonar pecados, en sus promesas, en su oración personal y, luego, en su muerte en cruz y en una resurrección revela su propio ser, y al revelar su propio ser, revela el misterio del Dios Uno Trino.

Concretando un poco mas: su humanidad, su «carne», es la realidad donde se realiza la salvación de todo el hombre, donde se realiza la salvación que se ofrece a todos los hombres y esa humanidad, en su historia y en su concreción se revela el misterio del Hijo y, por el misterio del Hijo, el misterio del Dios Uno y Trino, el misterio del amor de Dios.

La humanidad de Cristo es por tanto, el primer punto de nuestra atención. Nuestra salvación y todos los dones de Dios, todo el conocimiento de Dios y la comunión con él, a la que aspiramos, pasan por esa humanidad y su historia, sus palabras, sus obras, aquellas que hace y aquellas que padece.

De ahí la importancia de la doctrina sobre la encarnación, porque en esa carne asumida verdaderamente por el Verbo, por el Hijo Eterno, se juega nuestra salvación y se nos desvela y ofrece Dios mismo. **«Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, permanece en Dios y Dios en él»** (1 Jn 4,15). Esto es: quien de fe a Jesús, aceptando que él es el Hijo de Dios, que este hombre concreto y verdadero es el Hijo de Dios, partícipe del ser y de la vida del Dios verdadero, ese tal tiene acceso a Dios, más aún, no sólo acceso, sino que ha alcanzado ya la comunión con Dios: permanece en Dios y Dios en él.

Jesús es el nombre de un hombre. No es el nombre de un ángel ni de ningún otro tipo de ser, sino de un hombre. Este hombre verdadero nos muestra a Dios y nos lleva a la comunión con Dios, porque él mismo es el Hijo de Dios. Es necesario que entendamos que sólo atendiendo a esta humanidad de Cristo podemos alcanzar el misterio del Hijo de Dios y de la Trinidad y sólo abrazando esta humanidad somos abrazados por el Hijo eterno e introducidos en su vida trinitaria.

Ahora, ¿qué es atender la humanidad de Cristo? ¿Qué significa abrazarla? Significa atender con suma atención los datos que tenemos de su humanidad, de su historia, de su vida, de todo aquello que formaba parte de su humanidad y que los evangelios y la Tradición nos ha transmitido. Cada dato debe ser meditado y guardado en la inteligencia y custodiado en la memoria.

Ahora bien, por ser Jesús un hombre verdadero, su vida, como la de cualquier otro, debe ser leída en su propio contexto cultural, histórico y geográfico. Para conocer la humanidad de Cristo hay que esforzarse también en conocer lo mejor posible, este contexto de la cultura, la sociedad, la geografía y la historia que envuelven a Jesús.

Pero casi más importante que familiarizarse con este contexto del momento en el que se desenvuelve la vida de Jesús, es necesario conocer la herencia que recibe de un pueblo milenario. La humanidad de cualquiera de nosotros no está hecha sólo por nuestros músculos o nuestros huesos o nuestra inteligencia o nuestro propio e irrepetible espíritu; más allá de ello está también todo el entramado humano, geográfico, social que nos rodea; y aún más allá, de la tradición que en este entramado recibimos.

En el caso de un judío y en el caso concreto de Jesús esta tradición es decisiva. Es la herencia que recibe como hijo de María, como hijo de David, como hijo de Abraham. Esta

tradición, esta herencia, es la historia de un diálogo entre Dios y su pueblo, un diálogo que va «*in crescendo*» hasta que Dios dice su palabra última y definitiva: el propio Jesús. De hecho ésta es la primera presentación que hace de Jesús el Evangelio según san Mateo, que comienza así su evangelio: «Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró...» (Mt 1,1ss). Y de forma similar hace Lucas (cf. Lc 3,23-28), después del bautismo de Jesús y justo antes de que diese comienzo su ministerio público.

Jesús, como hombre verdadero, es el culmen del diálogo que Dios inició al crear a Adán en este mundo que habla de forma natural de él; y el culmen del diálogo sobrenatural que Dios dio comienzo al llamar a Abraham. El vértice hacia el cual Dios conduce éste diálogo es su Hijo hecho hombre, esto es, Jesús. Todo el diálogo anterior, el del AT solo llega a comprenderse a partir de él, que es la palabra última y definitiva. Y al revés: a Jesús sólo se le puede comprender en el contexto de éste diálogo. Querer entenderlo fuera de este diálogo, implicará necesariamente malinterpretarlo.

Así es como hay que entender la famosa afirmación de san Jerónimo —tantas veces repetidas como tantas veces parcialmente entendida—, que «Quien desconoce las Escrituras, desconoce a Cristo». Cuando san Jerónimo habla de «Las Escrituras» habla fundamentalmente, aunque no sólo, del AT. Desconocer el AT es desconocer las claves para interpretar las palabras y los acontecimientos que nos muestran los evangelios. Por eso, las Escrituras, forman también parte de la humanidad de Cristo, también ellas, como testimonio del diálogo de Dios e Israel, que Jesús recapitula y lleva a conclusión, son su carne, la carne, la humanidad en la que él nos revela al Padre y nos incorpora a su relación con el Padre, a la vida divina de la Trinidad.

«Debemos conocer las mismas venas y la carne misma de las Escrituras, de modo que una vez hayamos entendido lo que hay escrito, podamos después ver su sentido»¹, porque sin conocer la humanidad de Jesucristo no se puede ir más allá: hasta el misterio de su ser Hijo y hasta el misterio de la Trinidad. Sin adherirnos a su humanidad, sin abrazarnos a ella, no podemos recibir los beneficios que nacen en el seno de la Trinidad, que nos trae el Hijo, que nos otorga en su carne.

Pero sobre la penetración en el misterio de Cristo a través de las Escrituras, la enseñanza de los padres de la Iglesia es unánime, al señalar que es necesario dedicar grandes energías y gran trabajo de la inteligencia y del espíritu para penetrar en el verdadero sentido de las Escrituras. Ellas no entregan el tesoro que esconden: el de la humanidad de Cristo, que es el misterio del amor de Dios, a una mirada superficial, a un espíritu que simplemente curiosease... en definitiva, a quien no busca realmente al Dios vivo para obedecer de forma estricta porque percibe que en ello se juega la vida. Ellas no entregan su

¹ SAN JERÓNIMO, *Homilías sobre el Evangelio de san Marcos IV* —Mc 8, 1-9— (Ciudad Nueva, Madrid 1989)

tesoro a quien se acerca a ella sin la reverencia, sin el trabajo y sin las disposiciones requeridas.

No es de extrañar que numerosas tradiciones espirituales y teológicas hayan puesto en la carne de Cristo, en su humanidad, el punto de partida de su vida espiritual, de su reflexión teológica, o de su acción misionera. Así san Juan, san Ignacio de Antioquía, ya en el s. II, o san Ireneo en el s III; en el medioevo, san Bernardo; pasando luego por san Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús o san Felipe Neri, en la época de la Contra-reforma; o después con la espiritualidad del Sagrado corazón y toda la espiritualidad francesa del XIX. También la espiritualidad de los fundadores de las grandes órdenes y congregaciones de fin caritativo, que vieron en la carne de los pobres una participación de la carne de Cristo y así una vía real de acceso al misterio de Dios.

II. EL ESPÍRITU DE CRISTO: EL MAESTRO INTERIOR

Ahora bien, después de destacar y subrayar la atención a la humanidad de Cristo, a su historia, a su contexto, a su tradición histórica..., a la Sagrada Escritura, hay que decir que esta humanidad solo es inteligible para quien es guiado por el Espíritu Santo. Los PP fueron los que afirmaron que las Escrituras, tanto el AT como el NT eran libros inspirados, inspirados por el Espíritu Santo. Eso significa, entre otras cosas, en el caso de los evangelios, que pudieron penetrar el verdadero significado de los hechos de los cuales los Apóstoles habían sido testigos gracias a la guía y a la luz del Espíritu Santo.

Los padres de la Iglesia enseñaron que sólo quien se entrega por entero al estudio minucioso y sistemático de las Escrituras, puede llegar a penetrar en su misterio. Pero al tiempo también son ellos los que afirman desde el principio que, junto a este estudio tenaz y riguroso del todo necesario, sólo el Espíritu Santo hace penetrar la inteligencia humana en los hechos y las palabras de Cristo para descubrir el misterio de quién es realmente Jesús y cuál es el verdadero valor de sus obras: que Jesús es el Hijo de Dios y que nos consigue la reconciliación con Dios y nos hace capaces de llegar a ser hijos de Dios. Para quien no acoge este Espíritu los hechos crudos son sólo la historia de un hombre que pretendió ser la clave de la salvación de la humanidad, bien porque estaba loco, bien porque era un falsario, y que terminó destruido de una forma terrible como un vulgar malhechor. O quizás el ejemplo del hombre más santo que jamás haya existido, pero no el misterio de una persona viva y presente.

Los mismos padres de la Iglesia mostraron que para todos los tiempos, es necesario acercarse al testimonio de las Escrituras guiados por el mismo Espíritu que las inspiró. Quién no es guiado por este Espíritu no penetrará en su interior. Es lo que experimentó san

Agustín la primera vez que quiso acercarse a ella, guiado por un espíritu puramente inquisidor. En este momento Agustín se sintió decepcionado y abandonó el estudio de las Escrituras.

«Decidí aplicar mi ánimo a las Sagradas Escrituras y ver qué tal eran. Mas, he aquí que veo una cosa no hecha para soberbios ni clara para los pequeños, sino a la entrada baja y, en su interior, sublime y velada de misterios [...] Mi hinchazón rehusaba su estilo y mi mente no penetraba su interior. Con todo, ellas eran tales que habían de crecer con los pequeños; mas yo me desdeñaba de ser pequeño e, hinchado de soberbia, me creía grande»².

Por tanto, si el Espíritu Santo inspira a los autores humanos en el proceso de la composición de los distintos libros de la Escritura, hasta que ésta llega a ser lo que hoy conocemos; para que un hombre pueda acercarse a la misma Escritura y pueda reconocer en ella el rostro de Cristo, y con el rostro de Cristo el misterio de Dios Uno y Trino, es necesario que sea guiado por el mismo Espíritu que guió su composición. Si no es así se quedará sólo en la “carne”, no alcanzará el misterio que se revela y se esconde en ella.

Orígenes decía a propósito de esta necesidad de ser guiado por el Espíritu Santo en la comprensión de las Escrituras: «No creo que puedan ser explicadas las divergencias y diferencias de estos inmensos acontecimientos, si no las explica el mismo Espíritu por quien fueron realizados, porque dice el Apóstol: "El Espíritu de los profetas está sometido a los profetas" (1 Cor 14,32)»³.

Y un discípulo de Orígenes, S. Gregorio Taumaturgo, alabando a su maestro decía también de él:

«[Era capaz de penetrar y enseñar los misterios de la Palabra divina] Y decía estas cosas, creo yo, no por otra razón, que por la comunicación del Espíritu divino; pues, de la misma facultad necesitan tanto los que profetizan, como los que escuchan a los profetas; ya que nadie puede oír a un profeta si el Espíritu mismo que profetizó no le diera la inteligencia de sus propias palabras»⁴

Sin embargo, la inteligencia que otorga el Espíritu Santo está siempre pegada a la carne de Cristo, a su historia, a su humanidad, a sus obras, a sus palabras, a la herencia que él recibe y que prepara su revelación, el AT. Y no puede separarse de ella, porque es Cristo quien es la plenitud de la revelación, porque si el Espíritu puede guiarnos hasta la verdad completa es porque es el Espíritu de Cristo, subordinado a él en la obra de la salvación, como Cristo está subordinado al Padre. El magisterio del Espíritu es efectivo y verdadero y

² SAN AGUSTÍN, *Confesiones* III 5,9 (BAC., Madrid 1991)138

³ ORIGENES, *Homilias sobre el Éxodo* IV, 5; (BP 17, Madrid 1992)

⁴ GREGORIO TAUMATURGO, *Discurso del Maestro Cristiano*, Ed. de MARCELO MERINO, (BP 10. Madrid 1990)

nos conduce realmente en el conocimiento de la verdad porque «tomará de lo mío y os lo dará». No debemos olvidar que el Espíritu Santo es siempre Espíritu de Cristo. Él lo ha recibido del Padre. El Espíritu Santo conduce a Cristo a los que aún no se han unido a él, sumerge en la intimidad de Cristo al que ya se ha unido a Cristo por la fe y el Bautismo, en un camino que no tiene nunca fin, porque el corazón de Cristo es un abismo de amor infinito. Y el Espíritu Santo conduce a este mismo cristiano en la relación original que el Hijo Único tiene con su Padre; es decir, conduce al que es hecho miembro de Cristo en el amor y la obediencia filial al Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Más aún, este Espíritu, como enseña san Pablo, no es un espíritu disgregador, «porque Dios no es un Dios de confusión, sino de paz» (1 Cor 14,33), sino que conduce a la unidad de la fe, a la unidad de la comprensión de Jesucristo. Por eso los grandes autores medievales, como san Buenaventura o Santo Tomás, es decir aquellos que fueron herederos del magisterio de los padres de la Iglesia, entendieron que el camino del Espíritu Santo en la comprensión de las Escrituras y del misterio de Cristo a través de ellas ya había sido abierto por los mismos padres de la Iglesia, de tal forma que sus escritos y las instituciones que ellos dejaron —la liturgia a la que ellos dieron forma, los dogmas de los concilios que ellos iluminaron, los símbolos que se fueron componiendo en los siglos en los que ellos marcaron el devenir de la Iglesia—, eran ya objetivaciones, concreciones de la inspiración con que el Espíritu Santo enseña a la Iglesia de todos los tiempos a leer las Escrituras, a mirar a Jesús y a *conocer*, mucho más que a *comprender*, el misterio de su persona y el misterio del Dios Uno y Trino.

Baste un testimonio de san Buenaventura. Él habla de cómo es necesario llegar a este conocimiento espiritual, en contraposición a meramente carnal o material de la letra, de la exterioridad de las Escrituras y dice: «no puede el hombre llegar por sí mismo a esta inteligencia [comprensión espiritual de la Escritura, verdadera revelación] sino sólo por medio de aquellos a quienes Dios la ha revelado, a saber, por los escritos de los santos como san Agustín, san Jerónimo y otros»⁵.

Es decir que para llegar al conocimiento del misterio de Cristo, del que dan testimonio las Escrituras —la conjunción del AT y los Evangelios más los otros libros del NT—, es necesario no sólo alcanzar un conocimiento cierto de la materialidad de las Escrituras, de lo que dicen realmente, de su objetividad, de cómo se formaron, de la intención primera de sus autores, de su vocabulario, de sus imágenes... Ese conocimiento necesario no basta, nos lleva al conocimiento de Jesús que tuvo, por ejemplo, el Sumo Sacerdote, cuando tuvo que juzgar a Cristo, un conocimiento sólo de lo que aparece ante los ojos. Es necesario además el acontecimiento del Espíritu Santo, que reclama de cada hombre la disposición a ser guiado por él. Se trata de una verdadera actitud mística, en contraposición a una actitud meramente científica o natural.

⁵ SAN BUENAVENTURA, *Collationes in Exameron*, XIX, 10 (O.C. III, BAC, Madrid 1948) 543

Pero esta actitud mística, de dejarse guiar por el Espíritu Santo, no significa para nada individualismo —que cada uno ha de andar este camino de forma individual— o, mucho menos subjetivismo —que cada uno es juez de la rectitud de su propio camino—, porque este camino ya ha sido abierto por el Espíritu Santo en la Iglesia, en la comprensión de los Padres, como hemos leído en s. Buenaventura, o como muchas veces subrayará Ratzinger, en grandes piezas en las que se ha objetivado esta comprensión del misterio de Cristo que el Espíritu Santo ha dado a la Iglesia: el Símbolo, el Padrenuestro, los Sacramentos, los Mandamientos —de ahí también la importancia del Catecismo, que los explica—. Sobre todo, el Padrenuestro y el Símbolo son dos piezas claves para penetrar en el misterio de Cristo.

Ciertamente no todos los cristianos tienen o puede tener acceso al conocimiento pormenorizado ni de las Escrituras ni, menos aún, de los Padres de la Iglesia, si este se entiende como un acceso individual, pero lo tendrán si están unidos al resto del Pueblo de Dios, de ahí que sea decisiva la vida de comunión. De esta comunión depende tanto el conocimiento de la humanidad de Cristo como la verdadera recepción del magisterio del Espíritu Santo. No podemos ahora adentrarnos en este asunto que es también fundamental: cómo la fe, y el símbolo de la fe como símbolo bautismal es testimonio perfecto de ello, es una realidad que implica a la persona en su libertad, pero es antes que nada una realidad eclesial.

Y desde luego, si no todos pueden tener un conocimiento pormenorizado de la Escritura o de los Padres de la Iglesia y de los grandes autores posteriores, sí tienen todos acceso al conocimiento del Credo y del Padrenuestro, y a sus explicaciones en el *Catecismo*. Símbolo y Padrenuestro se convierten para todos en criterio objetivo y, a la vez espiritual, que nos guían en la comprensión del misterio de Cristo. Y al alcance de todos está el conocimiento de la ley evangélica, cuyo seguimiento y obediencia purifica el corazón y los dispone así para un verdadero conocimiento de Dios, porque los limpios de corazón «verán a Dios». Y al alcance de todos está la vida en Cristo y en su Espíritu que nace como de su fuente originaria de la participación en la vida litúrgica y sacramental.

Pero hay otro aspecto al que aún no he aludido. Como sabéis, el Espíritu Santo es un vínculo de amor. Si hay una imagen que lo expresa es la imagen del fuego. El Espíritu Santo es un fuego de amor (cf. CCE 696), como el fuego que encendió el corazón de san Felipe. No hablamos aquí de un fuego para imaginarnos el amor como una pasión, como una especie de arrebató por el cual el hombre pierde la razón y el control sobre sí mismo. Hablamos de un amor verdadero que hace que el hombre conozca de verdad aquel a quien ama y se entregue libre y voluntariamente a él con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente. Pues bien, el Espíritu Santo, que es el vínculo del amor en el seno de la Trinidad, el vínculo del amor entre el Padre y el Hijo, el amor con el que el Padre ama y es amado, el amor con que el Hijo es amado y ama, es también eso mismo en el alma de la Iglesia y en el alma de cada creyente. Él lleva al verdadero conocimiento justamente porque

es amor. Sólo el amor da un conocimiento verdadero de aquello que se ama. Por eso dirá otro autor medieval, heredero del espíritu de san Agustín: «El amor llega más lejos que la vista»⁶.

Sólo el amor es capaz del verdadero conocimiento, como el que tiene el Padre del Hijo y el Hijo del Padre. Desde nuestro punto de vista, eso significa que la comprensión del misterio de Cristo y en él del misterio de la Trinidad sólo es posible si, ante los hechos concretos testimoniados por los Apóstoles en conjunción con toda la Escritura, y sin querer alejarnos de ellos, nos dejamos guiar por el amor, o lo que es lo mismo, nos dejamos guiar en su interior por el Espíritu Santo.

III. CONCLUSIÓN

El misterio de Cristo, por tanto nos lleva al misterio de la Trinidad. Y el misterio de Cristo se nos muestra no directamente, sino a través del velo de su carne. No se nos deja contemplar de forma directa su relación eterna con el Padre, etc. El misterio de Cristo se nos desvela a través de su humanidad, de sus palabras y de sus obras. Y sólo el Espíritu Santo nos introduce en esta humanidad para llevarnos por el amor hasta el conocimiento íntimo de su persona y así al misterio de Dios Uno y Trino.

Sto. Tomás de Aquino decía que lo oculto de la divinidad lo entrevemos sólo a través del misterio del humanidad de Cristo. En esa humanidad reside toda la economía, toda la salvación, pero, a la vez, esta economía queda rebasada. Quiero decir con eso que en Cristo tenemos mucho más que nuestra salvación.

Éste es un aspecto que quisiera subrayar: en Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre tenemos nuestra salvación, nuestra vida, nuestra victoria, todo lo tenemos en él. Como dirá san Ambrosio «Cristo lo es todo para nosotros. Si quieres curar una herida, él es médico; si tienes sed, es fuente; si estás oprimido por la iniquidad, es justicia; si necesitas ayuda, es fuerza; si temes la muerte, es vida; si deseas el cielo, es camino; si huyes de las tinieblas, es luz; si buscas alimento, es comida»⁷. Pero una vez dicho todo eso y todo lo que pudiésemos añadir, aún nos queda prácticamente intacto, prácticamente inexplorado, el misterio de su persona y el misterio de las relaciones intra-trinitarias en las que él nos introduce, como en un océano inmenso de amor lleno siempre de nuevos matices.

Cuando ya nos hemos apropiado de la salvación que él trae y que se cifra en su propia persona, aún nos seguirá quedado él, el misterio de su persona, el misterio de su amor, el

⁶ GUILLERMO DE SAINT-THIERRY —Pseudo Bernardo— (PL 184,376)

⁷ SAN AMBROSIO, *La virginidad*, 99. SERMO XIV,2, (Milán-Roma 1989) 81. En: Audiencia de BENEDICTO XVI , 24 oct 07

misterio de sus relaciones con el Padre y el Espíritu Santo. Como dice tan bellamente el salmo 138 en la traducción que rezamos en el Breviario:

*¡Que incomparable encuentro tus designios,
Dios mío, qué inmenso es su conjunto!
Si me pongo a contarlos, son más que arena;
si los doy por terminados, aún me quedas tú.*

Es decir, cuando termino de considerar las maravillas de tu amor por nosotros, aún me quedas tú, cuando yo ya he sido salvado y mi corazón saciado, aún me quedas tú.

Podemos usar las palabras con que san Efrén mostraba su agradecimiento ante el misterio de Dios, desvelado a nosotros pero siempre más grande que nosotros:

*Mira, Señor, mi regazo está lleno con las sobras de tus migajas,
y como ya no hay más sitio en los pliegues de mi manto,
recoge tu don, mientras yo te adoro,
y guárdalo en tu tesoro, como si fuera un depósito, para dárnoslo de nuevo.⁸*

⁸ SAN EFRÉN, *Himnos sobre la Fe* X,22